

cantes, que en sus movimientos de embriaguez extraen de los ríos la leche y la miel y cesan de extraerlas tan pronto vuelven en sí. De la misma manera, el alma de los poetas líricos efectúa realmente lo que se jactan de hacer. Nos dicen que liban en fuentes de miel y que, parecidos a las abejas, vuelan de una flor a otra en los jardines y vergeles de las Musas, en los que cogen los versos que nos cantan. En cuanto a eso, dicen la verdad, pues el poeta es un ser ligero, alado, sagrado: es incapaz de componer, a no ser que el entusiasmo haga presa en él, que no se salga de sí mismo. Hasta el momento de la inspiración, todos los hombres son impotentes para hacer versos, explicar oráculos. Tampoco por el arte, sino por la inspiración divina, componen los poetas...

Uno excede en el dítirambo, el otro en los elogios, éste en los cantos adecuados a la danza, el otro en los versos épicos, otro en los yámnicos, siendo todos mediocres en otro género, porque no es el arte, sino la inspiración la que preside su trabajo. En efecto, si supiesen hablar por arte en un solo género, sabrían igualmente hablar bien en todos los demás. Y el objeto por el cual el Dios se sirve de ellos como ministros, como de los profetas y otros adivinos inspirados, después de haberles quitado los sentidos, es para que, oyéndoles, sepamos que no es por sí mismos como dicen cosas tan maravillosas, puesto que están fuera de su buen sentido, sino por ser órganos de la divinidad que nos habla por medio de sus labios. Tinicio de Calcidia es una prueba muy palpable de cuanto te digo. No poseemos otros versos suyos que nos dignemos aprender de memoria más que su «Peán», que todo el mundo canta, tal vez la oda más bella que se ha compuesto, y que, como él mismo dice, es realmente *producción de las Musas*. Me parece que la divinidad ha querido demostrarnos en él un ejemplo sorprendente, para que no tuviésemos ya dudas sobre si todos esos bellos poemas son humanos y escritos por mano de hombre, sino que tuviésemos la seguridad de

